

DON PANCHO EL BODEGUERO

Por

Carlos Robreño

marzo 31/57

Cuando Don Pancho Ferreiro, aquel español aburguesado, dueño de una bodega de gran marchantería situada en una esquina de la Habana Vieja, bajó por última vez la puerta de hierro de su antiguo establecimiento para dar paso en ese mismo lugar, en aras del Progreso, a un grocery o a una cafetería "american style", sintió sin duda alguna en su interior semejante aflictiva emoción a la que debió experimentar el Rey Moro ante la postrera contemplación de las torres de Granada y las lágrimas nublaron sus pupilas, mientras caminaba a través de la estrecha callejuela sobre un pavimento calcinado por el sol del mediodía.

Dejaba a sus espaldas un pasado de más de medio siglo envuelto en las alegrías y sinsabores, de un batallar sin tregua, de un trabajo a veces agobiador. Venía a su mente el recuerdo de aquella llegada a una Habana que sumida todavía en el júbilo que le embargaba por la realización del ideal separatista, conservaba en toda amplitud el sello colonial.

Más que recomendado, vino "facturado" a su tío desde una pequeña aldea de la sonriente Galicia y en aquel bodegón, entre sacos de arroz y de papas, vió transcurrir los para otros rosados días de la pubertad. Sin poder apelar a conquistas sociales que no existían, aquel "sobrin" se levantaba a las seis de la mañana con objeto de abrir la bodega y atender a la marchantería, que comenzaba a llegar desde temprano. Ya al mediodía, después de haber repartido todos los mandados del barrio, se sentaba sobre un taburete, junto a una rústica mesa situada en la trastienda, dispuesto a engullir un bien nutrido potaje que en sus garbanzos, en sus berzas o en sus embutidos, le traían envueltos en su aroma nostálgica, saudades del terruño lejano.

Las bodegas de aquel entonces permanecían abiertas al mediodía. A la hora bochornosa de la siesta continuaba la incesante labor que tenía un breve descanso, un poco después de la puesta del sol —cuando el tío y el primer dependiente se quedaban atrás del mostrador y él iba de nuevo a la trastienda a reponer en parte las energías gastadas con los restos del menú matutino.

MONIO
MENTAL

2

64

Continuaba su tarea en las primeras horas de la noche. El "mascavidrio" callejero, libador insaciable de "fiuza"; el marchante que venía a buscar urgentemente una botella de luz brillante para el quinqué; el paquete de velas y la caja de fósforos o el inevitable "tres de café y dos de azúcar" con destino al subsiguiente desayuno.

Eran pasadas las doce, cuando las puertas de la vieja bodega se cerraban, pero en su interior el descanso no había sentado aún sus reales. Quedaba por barrer el establecimiento; fregar en parte los pisos; colocar en orden las botellas de bebidas cerca de la cantina y traer para la venta del siguiente día, desde la trastienda las provisiones almacenadas para ir reponiendo las que se consumían.

¡Qué bien hubiese venido en tal momento una restauradora ducha fría antes de ir a la cama, si así debía denominarse al viejo catre o la usada colombina que le servía de imperioso lecho! Pero no podían perderse aquellos minutos de sueño reparador ante la proximidad del nuevo día, en que habría de repetirse el atosigante trabajo de los anteriores.

¿Cuáles eran los momentos de descanso del infatigable "sobrín"? Solamente las horas del mediodía de cada dos domingos.

¿Con cuánto dinero se retribuía su incesante labor? Eso era un secreto que sólo conocía el tío, dueño del establecimiento, que además de pagarle el recibo de la quinta, le entregaba en cada salida, como generoso anticipo, un par de duros para que se fuera de diversiones.

No obstante, tan rígida disciplina fué burlada en cierta ocasión, cuando La Habana de en-

tonces sintió la emotiva sacudida de veinte y un cañonazos. Era el saludo que hacía a la plaza la "Nautilus", primer buque de guerra español que entraba en nuestra bahía después de terminada la Guerra de Independencia. Pero aquella falta fué perdonada cuando tío y sobrín se abrazaron efusivamente junto a la antigua glorieta del Malecón, viendo izar en el mástil de la corbeta hispana el pabellón rojo y gualda.

Emoción semejante habría de experimentar, años después al arribar el "Almirante Cervera". Ya el sobrín de otros días, después de haber ascendido a primer dependiente, se había convertido en propietario del establecimiento al tener que regresar a la península el tío, cargado de achaques y cargado de pesos.

* * *

Ya empezaban a llamarle Don Pancho, el bodeguero. A la severidad del nombre contribuían un bigote espeso, una calva incipiente y un lunar de pelos en la mejilla, mientras su vientre iba adquiriendo la línea curvilínea que delataba la proximidad de los cuarenta. El establecimiento por su parte conservaba la misma fisonomía que él había conocido. Apegado a la tradición se resistía a sacrilegas obras de modernización. Tenía también un primer dependiente y otro sobrín, pero su rendimiento se había humanizado en cierto modo. La hora del cierre era la de las diez de la noche; el "pan con timba" iba desapareciendo como artículo de primera necesidad; se había suprimido la "contra de sal", mas se mantenía la peligrosa costumbre de abrir los cocos con un hacha y la caja contadora no había logrado vencer los prejuicios del detallista, apegado al

clásico cajón, donde se llevaba toda la contabilidad a través de las libretas de los mandados.

¡Libreta de los mandados donde se iban anotando todos los artículos de consumo más necesarios para la existencia cotidiana, a fin de ser pagados el próximo sábado o a fin de mes! Sus páginas, algunas de ellas manchadas de grasa en las que aparecen escritas muchos "harreros de Balensia" y muchos "uebos", son valiosos documentos pertenecientes a una Habana que se fué y que, andando los lustros serán buscados y estudiados con el mismo acucioso interés que hoy se le presta a los papiros de la Roma Imperial. Aquellas cuentas que caso no se pagaba en su totalidad, quizás constituyan el principio económico en el que se basa toda la crematística del universo.

¡Cuántas tragedias no evitó el fiado del bodegaero! ¿Cuántos dolores no mitigó ese altruismo del detallista, que extremaba su generosidad ante la presencia de una parda exuberante y sandanguera, que coquetonamente agregaba a la enumeración de la lista de mandados una frase de ritual:

—“Vamo, epañó” déjate de relambimientos y despáchame pronto, que la señora está “apurá”.

Todos esos y otros muchos recuerdos cruzaban rápidamente por la mente de Don Pancho Ferreiro, el antiguo detallista, cuando caminaba por una callejuela capitalina, después de haber corrido por última vez la puerta de hierro de su establecimiento para dar paso a un *grocery* o a una cafetería, más moderna, más higiénica, si se quiere, pero sin ese espíritu, sin aquella alma democrática de las viejas bodegas habaneras.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA